

modo que se hace públicamente lo que ninguna familia un poco decente consentiría que se hiciese en su casa. He explicado, pues, el objeto de esta reunion y ahora á la reunion toca lo demás.—

La reunion, despues de aplaudir estrepitosamente el discurso del glorioso San Blas, acordó que constituyeran la mesa los mismos señores que la habian constituido la otra vez, y despues de larga y sensata discusion, se convino en redactar una exposicion al Señor, pidiéndole que volviera las cosas al ser y estado que ántes tenian.

Redactada inmediatamente la exposicion por el Santo Angel de la Guarda que hacia de secretario, y aprobada por unanimidad, la firmaron todos y todas, y al dia siguiente la mesa, presidida por el patriarca San José, se presentó al Señor para entregársela.

El Señor recibió á la comision con su natural benevolencia, y con la que era de esperar yendo presidida por su glorioso padre putativo.

Enterado de la exposicion, sonrió con tristeza y dijo á los comisionados:

—Encuentro un solo inconveniente para decretar esta exposicion con un «Como se pide», y es el de que está suscrita por la minoría de los que solicitaron y obtuvieron todo lo contrario de lo que en ella se pide.

—Hijo, le replicó con mucho respeto y amor el glorioso presidente de la comision, permíteme decirte que los firmantes somos exactamente los mismos de la otra.

—No, querido padre, porque á la otra se adhirieron todos los difuntos de Bizcaya, que constituian inmensa mayoría que ahora falta, sin duda, porque no está conforme con lo que ahora se pide.

—Es verdad!—asintieron con sentimiento el patriarca San José y sus compañeros de comision.

Pero en aquel instante se oyó un gran ruido á las puertas del cielo, y llamado el glorioso portero San Pedro y preguntado por el Señor qué ruido era aquel, San Pedro, le contestó:

—Señor, son todos los difuntos de Bizcaya que vienen á adherirse á la exposicion que han entregado á V. D. M. estos señores comisionados, porque dicen que hasta en las inmediaciones de sus camposantos se ha empezado, el dia de su triste fiesta, á celebrar romerías donde se come, se bebe y se baila.

Oir esto el Señor y poner al pié de la exposicion «Como se pide,» todo fué uno.

Al despedirse del Señor los comisionados, el patriarca San José le rogó encarecidamente que de un modo ú otro pusiera término á la escandalosa degeneracion de las romerías, y el Señor contestó á este ruego con acento y faz de profunda tristeza:

—¡Ay padre, Bizcaya sufrirá el castigo de esa degeneracion y otras, perdiendo lo que más ama en la tierra, y los que primero llorarán en Bizcaya tal pérdida, serán los padres y los hijos, los primeros como reos de culpas pasadas, y los segundos como reos de culpas presentes!—

Esto dijo el Señor. ¿Serán el cumplimiento de su terrible anuncio las lágrimas que hace diez años derraman en Bizcaya padres é hijos?

ANTONIO DE TRUEBA.

ERRIOCHOA BERE BIDEAN.¹

AZALKAYA: *Gizadiaren bizitza.*

Composicion señalada con PREMIO EXTRAORDINARIO.

Askaturik arkaitz chinchur
batean erriochoa,
dijoa bidean chur chur
chirrist egiñaz gaiñoa.

Seaska jaiotokia
izandu zuben mendian,
eta bear du obiña²
izan itsaso aundiyan.

Bere joanera luzean
zenbait suerte trukatu
igarorik, beardu an
bizi tristea bukatu.

Jotzen du mendiskaz bea,
kemenak zaizka eskasten,
joan bidea du obea,
bañan geldiko da azten.

(1) Véase pág. 112.

(2) Sepultura.

An eten, emen jo koska,
salta, joan, asi, gelditu,
bideak biurrak dauzka,
nai arren zuzen segitu.

Atariko idi ta beiyak,
jachirik bere lurrera,
ankaz mugiturik loiyak
zikin uzten dute bera.

Eta dijoa igesi
kristal len zana argiya,
berriz nairik erakutsi
bere kopeta garbiya.

Bat batez emanik jira
mendi baten egalari,
kentzen da andik erdira
itzul egiñaz berari.

Zeñetan pozturik oso
abiatzen dan lasaitzen,
bañan uste gabe preso
du bere buruba jartzen.

Allegatzen da esturan
errota zarcho batera,
gero zilipurturik an
dediyen gaizki atera.

Triskillatuba guztiya
kentzen da indarrak illik,
ari batetik biziya
daramakila zintzillik.

Malko lodiyak emanaz
dijoa irtena gaizki,
biotza darama penaz,
nora dijoan eztaki.

Ala, du erraz chirristen
alderdi labañetara,
non segiruban dan jaisten
leku pintatubetara.

Ala asten da trebesten
arboldei ostoz jantziyak,
nola estropozka jotzen
suge-leku ta sasiyak:

Non segiruban gordetzen
dan mendi biren tartean,
ikusi dedin erortzen
gero arkaizte batean:

An betaz, betaz azaltzen
zaiola toki alaiya,
ostoz ta lorez estaltzen
dan leku oso galaiya:

Segitzen dubela pauso
neke gabeko eztiyan,
preskuran usai gozozko
estaliyaren azpiyan.

Bañan bezturik odoiya,
turmoi turrunkak aitutzen
badira, etenik goiyak
urak bea dute jotzen.

Eta orduban loditzen
asirik erriochoa,
denboraz ezta kabitzen
bere tokiyan gaiñoa.

Eta alde denak joaz
ezin jarraituz ur lodik,
pasatutzen da itoaz
ibarretako artadik.

Segitzen dubela ala
bere bidean joan ta joan,
urruti ikusten dala
lasterka nola dijoan.

Bañan lasterka nola joan
ala ibiltze geldiyan,
obiratzen da gero an
itsaso zabal aundiyan.

Erriocho ur argiya
ekaiztez dalako loitzen,
¿nork daki diña garbiya
dan gero itsasoratzen?

.

Gizadia da au bera,
alkarren baidute antza,
erriochoak gu gera,
ura da gure ekanza.¹

¡Ai! zer lezio aundiyak
onetaz jaso gintzaken,
¡ai! zeñek urak garbiyak
itsasoratu litzaken.

RAMON ARTOLA.



(1) Imágen.

CARTA LINGÜISTICA.

Eibar 20 de Abril de 1886.

Sr. Director de la EUSKAL-ERRIA.

Muy Sr. mio y amigo de mi mayor consideracion: En los últimos remitidos hemos concluido por demostrar que la palabra humana, encarnacion de la idea en el grito de la sensacion é imagen fiel de nuestra propia persona, nació en la interjeccion-idea *i*, signo de Dios, para vivir en la interjeccion-sensacion *a*, signo de la naturaleza; como el hombre que siendo á su vez la encarnacion de un alma ideal en un organismo sensible, nació tambien en Dios para vivir en la naturaleza. Réstanos, pues, probar, que así como nuestro organismo se nutre y alimenta de las materias que le suministra el mundo exterior que le rodea, y el alma racional de las sensaciones que recibe de aquel mundo, así tambien la palabra humana se nutrirá y alimentará á su vez de los gritos expresivos de aquellas sensaciones, ó sea de nuestras propias interjecciones. Entremos, pues, en materia.

La interjeccion *o* es la exclamacion natural y el grito inconsciente que sale del pecho del hombre á la vista de todo lo que es grandioso, alto, excelso, maravilloso, y estas cualidades las vemos reunidas en una de aquellas altas montañas que son verdaderos prodigios de la naturaleza creada. Supongamos, pues, que nuestro antecesor primero, sorprendido y lleno de asombro al encontrarse con una de aquellas maravillas naturales, exhaló de su pecho inconsciente é instintivamente aquel grito *o*, espresion fiel de la impresion que recibiera. ¿De qué modo, preguntaremos nosotros, aquella interjeccion se convirtió en el nombre de la montaña vista, puesto que este hecho tuvo lugar,

segun puede comprobarse en las obras de Astarloa, de Erro, y en nuestras etimologías basco-latinas publicadas en esta misma Revista?

Si interrogamos sobre este particular á los filólogos que se ocupan de los orígenes del lenguaje, los más sábios y mejor informados nos dirán que dicho grito se transformó en la palabra hablada, cuando el hombre le hubo reproducido y repetido con la intencion deliberada de designar con él la montaña vista, y cuando al hacerlo así, fué comprendido de su compañero. Mas al explicarse de este modo, no han tenido presente, decimos nosotros, que dicha interjeccion, expresion de una impresion orgánica, es semejante, bajo este concepto, al grito de alarma que da, por ejemplo, el animal á la vista del peligro, y que así como este perderia su natural valor sin adquirir otro ninguno, si fuera repetido en todos los momentos y bajo cualquier pretexto, así tambien aquella perderia el suyo sin adquirir otro ninguno de ser repetido de igual modo. En una palabra, la interjeccion, y quede esto bien consignado, ha de ser tal, ó no ha de tener valor ninguno, en lingüística, hasta tanto, por lo ménos, que no esté animado de una idea, no importa cuál, pero que ha de tener su signo en la lengua, puesto que no ha cruzado una sola por la mente del hombre, que este no le haya expresado por medio de su palabra. ¿Cuál ha sido, pues, aquel signo, y cuál la idea que le vivificó?

Tal es la pregunta que debe dirigirse todo el que pretenda sorprender el secreto de la palabra humana, y puesta la cuestion en este terreno, el solo razonable y el solo científico, nos atrevemos á decir á quien quiera escucharnos, que no dará un solo paso de provecho en sus investigaciones, si no conviene con nosotros: 1.º en que el nombre (pues que tratamos de él) es la afirmacion de la existencia de la cosa nombrada (por eso se convierte en el verbo, que es la afirmacion de la existencia en el tiempo); 2.º que esta afirmacion no será dado hacerla al hombre, si no posee el conocimiento de Dios, causa y razon de todo lo existente, principio y sujeto de todas las cosas, ni será dado tampoco hacerlo á la lengua, sino á favor del signo indicador de aquel principio, que ha sido, segun hemos demostrado en otra ocasion, aquella misteriosa *i* característica de toda palabra, sujeto y esencia de todo nombre, nota de toda existencia, y por último, el artículo indefinido de nuestra misteriosa é interesante lengua. Este signo *i*, ó mejor dicho, la idea en él contenida, ha sido, pues, el que ha vivificado

el grito *o*, infundiendo en él la idea de la existencia *conditio sine qua non* de todo nombre. Veamos, pues, cómo.

El hombre, donde quiera que se le considere, lo mismo en los países más civilizados, que en los que se hallan más atrasados, tiene la noción, más ó ménos clara, de un principio superior y anterior á la cosa, presente en ella, pero, sin embargo, diferente de la misma, misterioso ser por cuya virtualidad son las cosas como son, y viven los seres como viven, alma de los mundos y esencia de las cosas, vivificador de la naturaleza, y por último, el creador de aquella montaña de cuyo nombre nos ocupamos.

En virtud, pues, de esta idea, que ninguna otra criatura posee, comprende el hombre que las cualidades que han provocado en su pecho aquel grito *o*, si bien han sido percibidas en la montaña, no pertenecen, sin embargo, á la misma, sino á Dios, de quien aquella las ha recibido, y que es en último término el solo sujeto generador de aquella sensacion. En su consecuencia, la idea de esta sensacion se unirá y fundirá con la del sujeto generador, de tal modo que no le será dado recordar una sola vez la impresion recibida y su grito *o* sin recordar á vez la idea de Dios y su grito *i*, de manera que estos dos signos se unirán y enlazarán á su vez, como se unieron y enlazaron las ideas nacidas de las sensaciones que les dieron origen, y de este enlace natural, lógico, necesario, nacerá la voz *oi*, en la cual la *i* será el sujeto y la idea de la palabra, *o* el atributo y el concepto de aquella idea, la primera la característica de la palabra, la segunda la característica de la montaña, y ambas reunidas el nombre de esta última. En esta explicacion se ve claramente que si suprimimos con la *i* el sujeto de la sensacion y la idea que anima y vivifica la montaña, en este caso el atributo *o* dejará de ser la característica de la montaña para transformarse en la característica de una sensacion, que distará tanto del nombre de la montaña, como el grito de alarma del animal dista del nombre del agente que lo ha provocado.

Mas tambien se ve que al par que el alma racional se ha asimilado por medio de su organismo la sensacion nacida en el mundo que le rodea (la montaña) para convertirla en su propia sustancia (la idea inmaterial), la lengua, á su vez, se ha asimilado por medio del signo *i*, organismo de su palabra, el grito *o* nacido de aquella sensacion, para convertirlo en su misma sustancia (la palabra), de modo que entre el signo y el signado, y la palabra y la idea exista el lazo mismo que la

naturaleza ha establecido entre la sensacion y su grito, pero cuyo secreto solo puede revelarnos aquella misteriosa *i*, interjeccion nacida de una idea. Podemos, pues, decir, con toda verdad, que en los gritos que provocan en nuestro pecho las cosas, seres y objetos, y en el conocimiento que de su existencia nos ha dado Dios, hános dado tambien los nombres de los mismos.

Ahora bien; siendo Dios un principio abstracto en quien las cualidades y el sujeto se comprenden y son una misma y una sola cosa, y siendo además indefinido é indeterminado, *oi* será un nombre subjetivo é indeterminado, y carecerá de plural, porque Dios será la unidad, y esta en el bascuence, padre de las lenguas, se ha llamado *i*. Véase la numeracion euskara por Astarloa y la voz *ama-i-ka* (diez uno.)

Siendo Dios, además, un principio incomprensible, que para ser conocido tuvo que revelarse en la naturaleza sensible, cuyo signo en la lengua es *a*, se comprende que *oi* á su vez tuvo que revelarse y nacer en *oi-a*, nombre objetivo en quien aquel se completa como Dios para el hombre se completa en la creacion. Luego *oi*, *oi-a* se unen y completan para darnos la noción de la montaña, como las ideas alma y cuerpo se unen y completan, á su vez, para darnos la noción de nuestra persona, y así como no tendríamos idea cabal del hombre, si desconociéramos cualquiera de aquellos dos factores, así tampoco tendríamos idea cabal de las cosas, si desconociéramos cualquiera de sus dos naturalezas.

Segun esto, las cosas originariamente han tenido dos nombres, como tienen dos naturalezas, uno primero y subjetivo, que hace relacion al ser en sí, esto es, á lo que hay en él de esencial y divino en cuanto ha sido creado; otro segundo y objetivo, que hace relacion al ser en la vida, esto es, en las diversas manifestaciones de su existencia, y estos dos nombres, sin los cuales no tendríamos una noción completa de las cosas, contienen en su misterioso dualismo la razon filológica de aquellas divisiones que se perpetúan en la vida de las lenguas bajo los nombres de sustantivos y adjetivos, propios y apelativos, cardinales y ordinales, activos y pasivos, indefinidos y definidos, todos los cuales traen sus principios orígenes de aquellas dos misteriosas raíces *i* (Dios) é *ia* (Dios de la creacion) que solo pueden ser conocidas en esta nuestra vetusta pero venerable lengua. En resumen; *oi*, nombre subjetivo, hace relacion á las leyes que Dios ha dictado á la existencia de la montaña: *oi-a*, nombre objetivo, á la revelacion de estas leyes en la naturaleza sensible.

Ahora bien; como esta naturaleza tiene formas definidas y determinadas, con una posicion conocida y definida tambien, *oi-a*, nombre objetivo, será tambien definido y estará dotado de plural, porque los entes y objetos sensibles se diversifican al multiplicarse, y como esta multiplicacion ó pluralizacion, es una verdadera reproduccion, el signo elegido por la lengua para indicar el plural, será aquella misteriosa *e*, radical de la voz *e-mi* (hembra), instrumento de la reproduccion en la naturaleza creada, y la característica del plural de nuestra declinacion.

Otro dia continuaremos esta materia, poniendo nuevos ejemplos de otros nombres, mas, entre tanto, reparen los lectores que nosotros no inventamos supuestos hechos é imaginarios para acomodarlos á un plan preconcebido, cual si se tratara de un nuevo volapuk; por el contrario, lejos de eso, hemos establecido principios y fijado reglas para explicar por su medio hechos que tienen su realidad en la gramática euskara, como puede comprobarlo cualquiera que sepa leerla con algun sentido.

Concluyo saludando á V. muy cordialmente, y repitiéndome, como siempre, su afmo. amigo y S. S. Q. S. M. B.

JOSÉ DE GUISASOLA.

NOTAS.—La voz *oi*, con el signado dicho, entra en la composicion de muchos de nuestros nombres toponímicos. *Oi-an-guren*, compuesto de *oi*, altura, *an*, equivalente al *in* latino, y al *en* castellano, nacidos de aquel, y *guren*, en lo último, significa en lo último de las alturas. *Oi-ar-zun*, compuesto de *oi* (id.), de *ar* (bravío), y *zun* (valle), significa valle entre alturas bravías. *Oi-za-eta*, *Oi-z-eta* y *O-z-eta*, compuesto de *oi* (id.), *za*, radical de *zakon* (hondonada), *za-ko* (saco), etc., y de la partícula locativa *eta* de plural, significa altura entre hondonadas. *Oi-eta*, *O-eta*, las alturas. *Oi* se unió con la encomiástica *g*, y nació el actual *goi*.

El indefinido euskaro carece de plural, como se ve en los ejemplos siguientes: *gizon bat* (hombre uno), *gizon bi* (hombre dos), *milla gizon* (mil hombre), etc., y así sucesivamente, sin que *gizon* admita plural, y por eso se conjuga como el nombre propio, diciendo *gizon*, *gizonek*, *gizonen*, *gizoni*, como *Mcartin*, *Mcartinek*, *Mcartinen*, *Martini*.

La débil y suave *e* es el acento natural de la mujer, y ha sido su nombre primero en la lengua, como la robusta y varonil *a* es el acento natural del hombre, y su nombre primero: la recién nacida llora en *e*, nos lo dijo Astarloa muy oportunamente, el recién nacido en *a*; la mujer, añadimos nosotros, grita y canta en *e*, con relacion al hombre que grita y canta en *a*. Mas tarde *e* pasó á significar la hembra, la *a* el macho, y cuando la lengua hubo adquirido una estructura más sólida, con formas más acabadas, uniósese á la primera el calificativo *mi* (débil, flaco), y nació entónces la actual *e-mi* (hembra), lit. mujer flaca: á la segunda uniósese á su vez el calificativo *arr*, (fuerte, bravío, varonil), y nació entónces el actual *aarr*, pronunciado *arr* (macho), lit. hombre varonil. Repárese en los nombres bíblicos *A-dan* y *E-va*, y nótese que esta última entra en la composicion del nombre *arr-Eva* con que designamos la hermana del hermano, esto es, del varon (*arr*), como *aiz-pa* es la hermana de su hermana. Así, pues, *Eva*, que un día designó á la mujer en el bascuence, significa hoy córte, y alude sin duda, á la fragilidad de la mujer. Así lo dice Erro, que siguió la buena escuela de Astarloa.



BIRJIÑA AMA MARIARI

MAYATZ-ILLEAN.

Kantartea.

Goazen, kristabak, goazen
 Birjiña Amagana,
 Mayatz-lore ederrakin
 Goazen beragana.

Kantaldiak.

Lorategi zeruko
 Birjiña Mariya,
 Lurrean Mayatz-illa
 Zure iduriya.

Zure aurrera gera
 Berriro etorri,
 Zure anporapian
 Nai genduke jarri.

Lur loratubak digu
 Gogora ekartzen,
 Birtutez dezula zuk
 Zeruba edertzen.

Parerik ez dezula
 Garbitasunean,
 Liriyo ederrak diyo
 Lurraren gañean.

Jaunaganako amorez
 Zerala urtutzen,
 Arros arantzadunak
 Digu agertutzen.

Krabeliñ piñak berriz
 Usai gozozkoak,
 Beti gerala zure
 Guztiz gogokoak.

Lore mota guztiyen
 Apaindura ederrak,
 Zure iduriyak dira,
 Ichura bakarrak.

Argatik dizkitzugu
 Loriak eskeintzen,
 Digutelako bérak
 Nor zeran agertzen.

¿Zerbait geiago, Ama,
Gugandik nai dezu?
Ar ditzazu biyotzak,
Zureak dituzu.

Graziyazko intz gozo
Zerukoarekin,
Bete ditzatzu, jantzi
Birtutearekin.

Jayo ditezen lore
Santidadezkoak,
Zerura aldatuko
Diran diñakoak.

Egiguzu orain lagun
Ama maitatiya,
Zure ondoan gero
Zeruban tokiya.

BONOSO INSAUSTI.

EL CONCIERTO A BENEFICIO DE URÍA.

¡Soberbia velada! Esta era la frase que se oía en boca de todos los concurrentes al salir del teatro Principal. Como era de presumir, visto el escogido programa y leídos los nombres de los que en el concierto tomaban parte, sucedió lo que esperábamos: un lleno completo y un triunfo más, á los muchos que han alcanzado en parecidas lides, para los señores Barech, Echeverría, Garmendia, Moyúa, y la orquesta bajo la direccion del Sr. Guimon.

El beneficiado puede estar satisfecho de la acogida que el público le dispensó. Si rayó á gran altura en el andante de *Lucia* y en la *Serenata* de Braga, superó á todas las esperanzas en el *Spirto gentil* y en el *Stabat mater* de Garmendia. Posee el Sr. Uría una voz fresca y bien timbrada, que modula con gran facilidad; da mucho colorido á lo que canta, vocaliza perfectamente, y en la media voz nada tiene que envidiar á los tenores de reputacion. Con estos recursos no hay para qué decir que la interpretacion de estas dos últimas melodías fué acabadísima, y obtuvo una ruidosa ovacion, siendo llamado repetidas veces al palco escénico. Uría está en condiciones para llegar á ser un gran tenor en breve tiempo.

El Sr. Barech hizo gala de su agilidad y dominio del violín en los *aires rusos* de Vieuxtemps, en la *Villanella* de Danbé y en una fantasía del *Barbero*, siendo la segunda de estas obras citadas de gracia para el público, en reciprocidad de los unánimes aplausos tributados al reputado violinista.

El Sr. Moyúa, cuya ejecucion es extraordinaria, tocó al piano una *romanza* de Mendelsshon, una *sevillana* y una *polonesa* de Sutter, que obtuvieron una interpretacion superior á toda ponderacion, y produjeron en el auditorio un verdadero delirio. A instancias del público hubo de ejecutar dos piezas más, la *Tarantela* de Heller, y unas variaciones del *Charmangarria*, á cuya terminacion hubo más palmas que el Domingo de Ramos en todo el orbe católico. Dice un refran, que nunca segundas partes fueron buenas; pero el refran, por esta vez, miente como un bellaco, porque á la segunda parte del concierto de ayer no habia más que pedir, á no ser que estuviéramos pidiendo piezas á Leonardo Moyúa hasta la madrugada del dia siguiente.

Los Sres. Echeverría y Garmendia, acompañando al piano á los solistas, confirmaron la sólida reputacion que como profesores tienen adquirida.

La orquesta, bien en las dos overturas de *Le cheval de bronze* y *La Giralda*, sobresaliendo en la preciosa *Plegaria* de Massenet y en la dulcísima melodía *Stabat mater*, de Garmendia, ejecutadas por los instrumentistas de cuerda.

En resúmen, un concierto como caen pocos en la ciudad. Los padres de la provincia entusiasmados unos y satisfechos de ver el aprovechamiento con que el pensionado de la provincia ha hecho sus estudios.

Todos los que tomaron parte en el concierto, merecen bien de la patria. Se entiende, de la nuestra.

Y no me ocurre otra manera de despedirme, sino gritando con toda la fuerza de mis pulmones: ¡*Biba gu ta gutárrak!*

BLAS ESCORIAZA.

LAS MUNICIPALIDADES DE GUIPÚZCOA

EN RELACION CON EL BASCUENCE.

Con motivo de haberse anunciado la vacante de la plaza de Secretario del Excmo. Ayuntamiento de San Sebastian, se ha dirigido el Consistorio de los Juegos florales euskaros á dicha Corporacion, exponiéndole los argumentos de razon y de derecho que aconsejan considerar, como requisito para la obtencion del cargo, el conocimiento de nuestro idioma nativo.

La acogida, que ha merecido de parte de la Corporacion municipal, no puede ser más halagüeña, como lo comprueba la comunicacion con que ha contestado la misma, y cuyo tenor literal es como sigue:

«Se ha enterado el Ayuntamiento, con el mayor aprecio, del atento escrito del Consistorio de su digna presidencia, encaminado á demostrar la conveniencia de que el futuro Secretario de esta municipalidad posea la lengua bascongada.

Bien hubiera querido el Ayuntamiento exigir esa circunstancia en el anuncio para la provision de dicha plaza, pero considerando que de hacerlo así incurriria quizá en una extralimitacion legal, ha preferido prescindir de ella, sin perjuicio de tenerla en cuenta al hacer la clasificacion de los aspirantes, pues la considera de reconocida conveniencia.

Lo que tengo el honor de manifestar á V. como resolucion á su mencionado escrito.

Dios guarde á V. muchos años.—San Sebastian 6 de Mayo de 1886.
—El Presidente, JOSÉ MACHIMBARRENA.

Sr. Presidente del Consistorio de Juegos florales euskaros.—San Sebastian.»

JERUSALEN.

RECUERDOS.

(CONCLUSION.)

Volviendo nuevamente á la rotonda, y siguiendo la nave de circunvalacion de la basílica, hay que pasar muy ligero por delante de un tabique bajito á manera de biombo y cogerse á puñados las narices ó apretarlas con un pañuelo bien perfumado.... ¡Qué horror! Los peregrinos que pasan la noche, y en algunas ocasiones dos y tres dias, dentro de la basílica, suelen concurrir con demasiada frecuencia á aquel sitio, que no está reservado!... Un corralito al aire libre hubiera sido más prudente añadirle al edificio; pero, sin duda, no habrá posibilidad, y aquí es forzoso que se tolere todo!...

Siguiendo la nave, lo primero que se encuentra, despues de algunos altares, es una gruta abierta en la roca, donde Jesús fué encarcelado durante unos instantes, ántes de subir al cadalso. Esta gruta, compuesta de dos piezas, ó más bien cavidades, pertenece á los griegos.

Nuestro Señor, al llegar á este sitio, exhausto de fuerzas por el mal tratamiento y la sangre que vertia, no pudo arrastrar la cruz sobre sus hombros y subirla hasta el Calvario. Los verdugos la cogieron, y entre tanto la llevaban al punto en que debia alzarse, Jesús permaneció preso en el hueco de la roca.

Próxima á esta se halla una capilla levantada en el mismo paraje donde se jugó á la suerte la túnica del Señor, é inmediato hay un altar dedicado á San Longinos, soldado que traspasó con su lanza el

costado derecho de Jesucristo, y el cual, convertido á la fé del Señor, tras larga penitencia alcanzó la santidad.

Más adelante facilita una escalera la bajada á una grande cavidad, debajo de las rocas, cual aparecen en las montañas las cavernas donde se guarecen los pastores. Este sitio pertenece á los latinos. En él fué donde Santa Elena, buscando por todas partes, encontró la verdadera cruz en que murió Jesucristo; y en la parte más alta allí inmediata, donde permaneció la santa emperatriz presenciando cómo separaban las piedras y malezas que obstruían la entrada, se ha levantado una capilla en la que se venera á la santa bienhechora de Palestina, y á su lado, en otro altarito, al buen ladron. Esta capilla, que lleva el nombre de Santa Elena, tiene su cúpula sostenida por cuatro columnas con capiteles corintios, que debieron ser de la basilica primitiva fundada por la santa: su arquitectura es bizantina, y pertenece á los armenios.

Con demasiada frecuencia, al representar el CALVARIO, por medio de la pintura ó de la escultura, aparecen las tres cruces más ó ménos altas, pero exactamente iguales. Es un error. Unicamente la de Jesús Nuestro Señor tenía el travesaño, ó sea el madero que atraviesa la cruz, en el que se colocó el letrero que decia: «Jesús Nazareno, Rey de los judíos», escrito sobre un tablon, en latin, en griego y en hebreo.

Las cruces en que fueron ajusticiados los ladrones, tenían buenamente la forma del *tau*, que es la letra del alfabeto griego equivalente á nuestra T. Y debió ser una de las razones por la cual la Emperatriz Elena reconoció más fácilmente el Ara Santa del Redentor, al efectuarse, en su presencia, las excavaciones que mandó practicar en la parte en que hoy existe la capilla bajo su advocacion, y la de la Invencion de la Santa Cruz; pues sabido es que Poncio Pilato, con el fin de evitar todo pretexto de disturbio entre los judíos, y los discípulos de Jesús, dispuso que durante la noche se quitasen las cruces del sitio en que se fijaron, y fueran echadas á un barranco muy profundo detrás del Gólgota, ocultándolas con tierra y grandes peñascos, para que la del Señor no se descubriera y la sacaran en triunfo á la veneracion de los cristianos.

Volviendo á subir á la nave circular, se llega á la capilla donde existe debajo del altar la «Columna del Improperio,» en la que fué sentado Jesús para servir de mofa como rey de farsa carnavalesca, abofeteado y coronado de espinas. Pertenece á los griegos.

Un poco más lejos, conducen 18 escalones á la plataforma del «Calvario.» Su espacio es de 15 metros cuadrados.

El sitio en que se fijó la veneranda Cruz, y junto al cual se halla la roca partida en dos pedazos, pertenece á los griegos. Un altar en forma de consola cubre el sagrado lugar, y de su tabla penden las lámparas de plata que le iluminan: por manera, que arrodillándose para adorarle, se puede introducir el brazo dentro del mismo hueco, y á la derecha se vé la hendidura de la piedra, abierta al espirar el Señor, temblando estremecida la tierra.

Al costado del altar griego hay otro pequeñito consagrado á la Madre Dolorosa, por ser en este sitio donde estuvo á los piés del Señor Crucificado. Inmediato se encuentra otro altar un poco mayor, á la cabeza del terreno donde, tendida la Cruz en el suelo, Nuestro Señor fué despojado de la túnica y clavado. La plataforma se halla cubierta de mármol, y ambos altares y sitio pertenecen á los latinos.

A la derecha, mirando al altar, se ve detras de una reja la capilla que he mencionado al describir la fachada de la basílica, en cuyo punto permaneció María Santísima mientras crucificaban á su Hijo.

Bajando del Calvario, se penetra en la gruta que forma el mismo enorme peñasco. Esta es una pequeña cavidad que se llama la capilla de Adán. Aquí se ve desnuda la roca y seguir la hendidura hasta perderse en el centro de la tierra. Junto á la misma roca del Calvario y debajo precisamente, existe un nicho como de enterramiento, en el que la tradicion quiere que sea donde se halló la calavera de Adán.

¿Y porqué nó?... ¿Sabemos acaso si entró en los designios del Redentor, al morir en un suplicio para salvar al género humano, que tuviera lugar sobre la tumba que guardaba los restos con que Dios Criador habia formado el primer hombre?

Varios padres de la Iglesia, y más particularmente San Ambrosio, aseguran que, segun una respetable tradicion de los judíos, fué sepultada la cabeza de Adán en el mismo sitio donde más tarde se alzó la Cruz del Redentor, que debia lavar con su purísima sangre la mancha del pecado original.

Saliendo de esta gruta, se ve el sitio donde estaban las tumbas de Godofredo de Bouillon y de Baudouin. Cuando ocurrió el incendio de 1808, los griegos aprovecharon la circunstancia para borrar con mano impía este antiguo testimonio de la sagrada propiedad, que nos van usurpando poco á poco. Un guerrero tan ilustre cuanto piadoso como

Godofredo, merecia por sí solo más respeto. Rey de Jerusalem, no consintió ceñir la real corona donde Nuestro Señor la llevó de espinas. Desde entonces, sus sucesores tuvieron una diadema de hierro, y cuando se coronaban, cerca del Santísimo Sepulcro, la llevaban en la cabeza hasta el Calvario, donde se despojaban de las insignias reales.

Aquí inmediata está la Piedra de la Uncion, como dije al principio, y se llega al punto de partida desde la entrada por la rotonda.

El aspecto general de la basílica es, más bien que el de una iglesia, el conjunto de muchas ermitas ó capillas reunidas bajo la misma techumbre. Y se comprende bien: cada sagrado lugar, por haber tenido efecto en él una de las escenas de los últimos momentos del Señor, se venera en su capilla respectiva, y á ella va cada rito alternativamente á celebrar la misa, á hacer su procesion, y regresan á su iglesia para el coro y demás ceremonias que les impone el culto que distintamente ofrecen á Dios Nuestro Señor. Pero es triste, es deplorable, que, con el fin de acomodar tan sagrados sitios á las formas vulgares que constituyen las iglesias, haya entrado el cortafrío, la piqueta y el martillo á nivelar, recortar, disminuir y abrir caminos, redondeando los parajes que con toda mi alma quisiera ver intactos. ¡Mas no: es indispensable revestirlo todo de mármol, hacer escaleritas, barandillas, pavimento y piso llano; y en una palabra, para que sea, imbécilmente, más hermoso desfigurándolo!

¡Así es que desapareció la roca que cubria el Santísimo Sepulcro para hacer un templete; y el áspero peñasco en que se fijó la Santa Cruz, hoy es cuadrado, y sus planos están cuidadosamente embaldosados!!!... En fin, á pesar de tan poco sentido, disculpable por la sana intencion que ha guiado, se ve y comprende perfectamente la altura y el perímetro donde llegó el Señor para ser crucificado.

Este sitio, completamente vulgar, llamado el Calvario, ó el Gólgota, se encontraba en aquel tiempo fuera de las murallas que cercaban Jerusalem y próximo á ellas; pues es sabido que las gentes que desde las mismas presenciaron el suplicio, leyeron el letrero groseramente escrito en un tablon, en latin, en griego y en hebreo, colocado en la parte más alta de la cruz, sobre la cabeza de Jesucristo.

He oido decir á varias personas: ¿cómo es posible que dentro de una iglesia se encuentre reunido el Calvario, el Santo Sepulcro y tantos otros sitios sagrados?—Y no me extraña—yo tampoco lo comprendía hasta verlo con mis ojos y tocarlo con las manos.

Fué tan grandioso el sacrificio del Señor, es tan inmenso é imponderable aquel acto, que no cabe en nuestra imaginacion exaltada por el amor que le profesamos, por la admiracion que nos causa, por la veneracion y culto que le ofrece nuestro corazon cristiano, que pudiera tener lugar en un paraje ordinario, en una especie de plazuela de la Cebada ó entre los barrancos de la puerta de Toledo!... Y, sin embargo, es así. La humildad del Señor, su sacrificio para lavar con su preciosísima sangre la mancha que constantemente empañaba la pureza del alma, si habia de alcanzar la vida eterna en su celestial morada; con su ejemplo inimitable y el del sufrimiento de su Divina Madre, que nunca, jamás, por mucho que por el Señor suframos para ser dignos de Él, no llegaremos ni en apariencia á similarle, determinó fuera así; no solamente horroroso por el martirio más tremendo; no solo por el escarnio y el insulto; no por la mansedumbre con que debe apurar el cáliz de todas las amarguras el que fuere inocente, sino hasta morir en donde mueren los ladrones, en sitio infame, para que nadie, jamás, por mucho que padezca, pueda decir: «¡Señor, tal amargura por mí no laapurásteis!»

Por esta razon el Gólgota ó Calvario, lugar de las calaveras, es un sitio que no tiene nada de extraño; se ve lo accidentado que debia ser este terreno, por los peñascos existentes con relacion al punto tan bajo que ocupa la gruta donde ocultaron la Santa Cruz, y se calcula fácilmente la modesta altura del Calvario. Se concibe tambien cómo llegando el Señor á aquel paraje, despues de atravesar con la cruz á cuestas todo Jerusalem, y exhausto de fuerzas, no pudiera subir el santo madero, y que viéndole desfallecido los verdugos, convencidos de la imposibilidad material, le hiciesen entrar en la cavidad de que he hablado al dar la vuelta á la nave circular, donde permaneció entre tanto subian la cruz al sitio en que la colocaron tendida para crucificarlo! Levantado el instrumento del suplicio con el cuerpo del Señor, le pusieron en el hueco hecho á propósito en la piedra y le sujetaron con tres cuñas de madera en el frente y costados.

Era propietario de unos jardincillos inmediatos y en la parte llana que próxima se encuentra, un hombre virtuoso y justo, el cual, en su calidad de senador, se habia opuesto á la sentencia de muerte del Señor. No pudiendo lograrlo, conmovido hasta el alma, fué á ver á Pilatos, consumado el crimen, y le pidió el Divino cuerpo para darle sepultura. El gobernador romano no se atrevió á rehusarlo, y así fué

como José de Arimathea, que era este senador, ayudado por su amigo Nicodemus, descendieron al Señor de la cruz, y para embalsamarle lo bajaron á la parte más llana al pié del peñasco, y despues le colocaron en un sepulcro que el mismo José de Arimathea habia abierto, continuando la série de tumbas para su familia en sus propios jardines, segun ya he mencionado: y así es igualmente como puede estar allí el sitio que ocupaba el jardin donde Jesucristo se apareció á la Magdalena, que es el área que hoy cubre la iglesia latina de los padres franciscanos.

El lugar donde jugaron á la suerte las vestiduras del Señor donde se hallaba Longinos, es evidente que debia ser al lado del Calvario, donde permanecieron los soldados conteniendo la gente durante la crucifixion: y la gruta en que Santa Elena encontró el madero santo, no era natural se hallara en otra parte que en un barranco próximo; paraje el más á propósito y que evitaba el trasportarla á la vista de todo el mundo atravesando los campos.

Estas son las causas por que están reunidos dentro de una misma basílica varios Santos Lugares, y por lo que tiene una forma hasta cierto punto irregular.

Mucho tiempo pasé en tan sagrados sitios; y digo mucho, porque en esta mañana permanecí cuanto pude, no por parecerme bastante, ni ménos considerarlo suficiente. En todos ellos la oracion es constante: la plegaria sucede á la plegaria; el cántico á los cánticos; la santa misa á las misas de diferentes ritos; la procesion, cruzando por los santuarios, va cediendo el lugar á otras procesiones; y en tanto que la iglesia latina salmodia, segun la liturgia, con grave acento y canto llano, y los griegos alzan sus voces alabando al Señor, y los armenios gimen sus cánticos, las campanillas de los Cophtos y los címbalos y platillos de los abisinios, se confunden y responden á los armoniosos acentos del órgano que resuena en la capilla de los austeros franciscanos.

Las ceremonias principian á la media noche: cada comunión tiene marcado su tiempo para celebrar y orar en los santuarios, y los sacristanes, reloj en mano, abren la puerta de las diferentes comunidades que allí moran, y salen por la nave circular á sus oficios sagrados.

Mientras se halla abierta la basílica, los peregrinos la visitan y permanecen en ella todo el tiempo que quieran. El verlos allí, es la más

grande prueba de la fé que va cubriendo el mundo, y de la creencia en el Redentor.

De todas las razas, de todos los países, de todos los cultos, aquí se encuentran reunidos: en todas las lenguas del Oriente, del Norte y del Mediodía, se alaba y se venera al Salvador. Los unos, con la cabeza descubierta; los otros, con un turbante azul ó blanco arrollado; aquellos, con un capuchon indescriptible; estos, con el rojo tarbusch del árabe más civilizado; y cada uno en actitud diferente segun la educacion religiosa que ha recibido, y su momento de éxtasis ó de entusiasmo; de su fatiga para llegar al fin á tan sagrados sitios; de su dicha, de su paz ó místico arrobamiento, permanecen sentados en el suelo, arrodillados y en cruz, de pié levantados los brazos, tendidos con la frente en tierra, y dormidos junto á un rincon acurrucados, reposando tranquilamente cerca de la tumba del Señor y del Calvario, tras largo viaje á través del desierto y de los mares.

A nosotros, intransigentes europeos, nos causa al pronto más que extrañeza enojo lo que creemos falta de compostura y de respeto, acostumbrados como estamos á ver en nuestras iglesias lo que nuestra civilizacion nos dice que es respeto. Pues bien, fijando la atencion y viendo aquellas gentes que proceden del fondo del Asia, de los helados y desiertos campos del imperio ruso, de las míseras montañas de las islas Jónicas, de los atrasados Principados Danubianos y de recónditos pueblos de la Europa, no mucho más avanzados; porque, triste es decirlo, pero el peregrino sale casi en absoluto de la clase que llamamos el pueblo, y de cada mil solo diez, cuando más, pertenecen á la que conocemos por clase media y elevada; ¿qué extraño tiene que dirijan al Señor su sentida plegaria colocándose cada uno de la manera que imagina que es respeto? ¿Que allí se duermen? ¿Y qué?... ¿Sabe acaso, solo el que como yo lo ha visto, las penas, las privaciones, los peligros que corren hasta llegar á los Santos Lugares estas pobres gentes, á quienes solo la devocion más arraigada les lleva á cumplir sus votos, sin que la curiosidad entre para nada?... Llegan al fin y rezan y riegan con sus lágrimas el Sepulcro del Salvador, y llenos de beatitud y en brazos de la más consoladora esperanza, allí, al abrigo de mundanales asechanzas, sienten el suave ambiente que sin duda un ángel invisible les envia sobre el tostado rostro batiendo en torno sus purísimas alas, para volar con su oracion al cielo; y un sueño amigo, lleno de paz y misterioso encanto, recompensa todas sus fatigas

y les devuelve la fuerza y energía para volver á cruzar el mundo y llegar á su pobre morada.

Cuando esto consideré, léjos de enojo, me causaron respeto, y á su lado pasaba de puntillas para no interrumpir sus oraciones ni desvelar su sueño.

ANTONIO BERNAL DE O' REILLY.

UN PUEBLO EXTRAÑO.

(F Á B U L A .)

Después de haber corrido largamente el mundo, cierto viajero de distincion, regresó á su país, y como es natural, todos sus amigos se apresuraron á darle la bienvenida y á suplicarle les contara algo de lo mucho que habia visto.

—¡Cuánto nos alegramos de tu vuelta! ¿cómo te ha ido? ¡Ya nos referirás despacio tus aventuras!—Y el pobre viajero se veia asediado de preguntas y en el caso de tener que narrar varias veces algunos de los pasajes más interesantes de su excursion á través del mundo.

Una tarde en la que la concurrencia era mayor y más escogida, —oidme,—les dijo, voy á contaros una rareza.

—Ya sabeis, ó cuando ménos lo presumís, la enorme distancia que media de aquí á la isla de la *Virtud*; pues bien: á muchísimos miles de leguas de esta isla me encontré con un pueblo extraño, cuyos habitantes, más extraños todavía, solo se componian de hombres.

Permanecian sentados casi toda la noche alrededor de una mesa, apretados los unos contra los otros. Creeré que no pensaban ni en Dios ni en el diablo; la mesa no estaba servida, no se veian en ella refrescos, ni objetos de escribir, ni nada que denotara trabajo ó re-

creo; hubiera caído un rayo entre ellos, se hubiese prendido fuego á la casa ó sentido la trepidación de un terremoto, sin que mis hombres se apercibieran de ello.

Parecían sordo-mudos, y únicamente de tiempo en tiempo se escapaban de sus lábios palabras entrecortadas que resultaban juramentos é imprecaciones. No levantaban la vista ni se distraían un minuto.

Nunca olvidaré, amigos míos, la horrible expresión de aquellas fisonomías.

Desesperación, rabia, inquietud, alegría mal comprimida, gozo, se pintaban á intervalos en sus pálidos rostros.

—¿Pues qué es lo que hacían?—preguntaron á una todos los amigos. ¿Se ocupaban por ventura de política?—No.—¿Buscaban la piedra filosofal?—Tampoco.—Acaso la cuadratura del círculo?—Mucho menos.

—Puesto que no hablaban, ni comprendían, ni entendían, ni oían, ni sentían, ni veían, ¿qué es, pues, lo que hacían?—Jugar.

ALFREDO DE LAFFITTE.



M I S C E L Á N E A .

Los Sres. Moyúa, Elorza y Altube, industriales de Oñate, han obtenido medalla de primera clase y el uso del escudo de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País en la Exposición de Zaragoza, por sus herramientas de labor, puntas de París, palas de acero de todas las formas, picachones, yunques, azadas, etc.

Han sido expuestos al público, en el taller de escultura de D. Marcial Aguirre, los bustos en barro de los Sres. D. Joaquin Mendizabal y D. José Manuel Lopetegui.

Ambos trabajos se recomiendan por el gran parecido y la elegancia de la ejecución, que distinguen las obras del reputado artista.

SECCION AMENA.

¡A ZER MIRABIA!

NERE ADISKIDE KANDIDO SORALUZE URUGUAY-KO KONSUL-ORDE JAUNARI,
OROIMENAN.

Loyolako Maintōni
bazan mirabia
Euskal-erri guztiyan
parerik gabia.
Goizero goizetikan
zekarren betia
Donostiko plazara

marmita esnia.
Gona motz gorriyakiñ
arras panparroya,
oñutsik baldin bazan
bidi artan loya.
¡Ura bai zala ginga!
bañan anpoloya,

(1) Esta composición, que nos ha remitido su autor, se publicó en nuestro apreciable colega local *El Eco de San Sebastian* correspondiente al día 22 de Noviembre de 1885.

panparroi ibiltzeko
zuben arrazoya.

Diru zalea zan ta
moldatzen abilla
nolapait biartzuben
egiñ diru pilla.
Ortarako bidian
beti zan ur billa
botarik esniari
pare bat chanchilla.

Kontubak emanikan
egunero garbi
biartzuben bezela
echekoandriari.

Bañan orren garbiya
gauzak ez diruri
beretzat ur chanchillak
gelditurik beti.

Chanchill ur dirubekiñ
izanik moduba
Brechan ark egiñ zuben

pañuelu tratuba.

Orduban iriki zan
arrentzat zeruba
pòzturik nola zuben
apaindu buruba.

Urrengo goiz batian
zubian barrena
zeturrela panparroi
altzan ten ti ena
Maintonik izantzuben
egunik charrena,
aiziak kendu ziyon
buruban zubena.

Ikusi zubenian
nolatan zeraman
itsasuak pañuelu
erosiya *tranpan*
Malko bat isuririk
larri zuben esan:
—¡Orra urak ekarri
eta urak eraman!—

MARCELINO SOROA.





LA PLEGARIA.

Era una mañana de primavera, en que apenas un ligero crepúsculo de color de rosa anunciaba la salida del sol; en el firmamento veíanse todavía resplandecer á las trémulas estrellas; las canoras avecillas dormitaban aún en sus nidos, y el fresco céfiro de la mañana, temeroso de despertarlas, se mecía blandamente entre el follaje con apacible murmullo. El ambiente que se respiraba, fresco y suave, hallábase impregnado del aroma de esas tiernas y delicadas plantas que sólo confían á las amorosas brisas de la noche los tesoros de sus perfumes.

En mañana tan deliciosa, acompañado de mi fiel amigo Febo, hermoso perro de Terranova, salí al campo á disfrutar del espectáculo magnífico de la salida del sol; distraído gran rato en la contemplación de la naturaleza, que se presentaba á mi vista adornada de sus más esplendentes galas, no había observado que mi fiel compañero, con signos muy expresivos, trataba de llamar mi atención hácia un grupo como de dos ó tres personas que al pié de unos álamos se divisaba. Yo no sé qué presentimiento tuve, ni qué fuera en aquel instante lo que excitára tanto mi curiosidad que, dispuesto á saciarla, dirigíme sin ser visto y con la mayor precaución á un puesto de perdiz que no lejos estaba, y desde donde sin ser observado podía perfectamente, no solo perder siquiera uno de sus movimientos, sino ni una sílaba de sus palabras.

Por lo que observé era una familia de jornaleros, compuesta de

marido, la mujer y dos niños, la mayor que tendría como unos siete años, y el más pequeño de unos cinco. En sus caritas brillaba con toda su esplendidez el sol de la inocencia; sus blondos cabellos, medio ensortijados, caían con descuidada sencillez sobre sus frentes, y aun á veces cubrían sus ojos, que brillaban con la mirada pura y tranquila de la infancia. Entreteníanse á la sazón en edificar con chinitas rústicas casillas, que al más ligero soplo de la brisa derrumbábanse con gran pena de tan sencillos arquitectos. El padre debía hallarse enfermo, pues envuelto en una andrajosa manta hallábase reclinado sobre el tronco de un árbol, y con lánguida mirada observaba el juego de sus inocentes hijos, y en su rostro pálido y demacrado, en la lividez de sus labios, en la apagada luz de sus pupilas y en sus manos descarnadas, notábase claramente que era presa de maligna enfermedad; acurrucada á sus piés ocupábase su mujer en recoser un remendado vestido cuyo primitivo color no se apercibía. Tendría como unos treinta años; pero una vejez prematura se presentaba en su frente y una palidez mortal cubría sus mejillas, miraba á su esposo y á sus hijos, y un torrente de lágrimas surcaba su semblante, que trataba de ocultar para que no lo viese su pobre esposo. Desde nuestro puesto, sin atreverme á respirar, hubo un momento en que, excitado por la angustia que me causaba aquella escena aunque muda tan patética, estuve para salir y enterarme prontamente de la desgracia que les afligía; en el momento que formaba esta resolución, un suspiro escapado involuntariamente del afligido pecho de aquella pobre madre y esposa rompió el silencio, me hizo continuar observando y llamó la atención de la niña, que dejó sus inocentes juegos y se acercó á ella, y besándola con indecible ternura, exclamó:

—Madre mia, ¿por qué lloras? ¡Mira que me afliges con tu llanto! —

La madre quiso hablar; mas los sollozos ahogaron su voz y sólo pudo contestar á las palabras de su hija con una dolorosa mirada, clara é inequívoca muestra del quebranto que la agobiaba. La niña continuó:

—Mira, madre mia, no llores; ¿no ves que afliges con tu llanto á nuestro buen padre?—

A este tiempo el niño, medio lloroso, se acercó á su madre y le pidió pan; la madre buscó en un andrajoso zurrón, y sólo encontró un pedazo; ¡era cuanto tenía para dar de comer á su esposo y á sus hijos! Y aunque pequeño, lo dividió en tres trozos, dando uno al ni-

ño, otro á la niña y ofreciendo el tercero á su marido; pero éste, que con los ojos arrasados en lágrimas habia observado la division, le dijo:

—Cómetelo tú; yo no tengo gana: la calentura me alimenta.

—No, si este es para tí; los demás tenemos todos nuestro pedazo.—

La pobre mujer veía que aquel era el único alimento que les quedaba, y al pensar en ello, sin duda alguna, lo bañaba con sus lágrimas.

—¡Cómo ha de ser!—exclamó el padre—¡Dios es bueno!—

El niño, que se habia alejado un poco, volvió corriendo y dijo á sus padres:

—Por ahí viene un pobre ciego guiado por un perrillo. ¿Qué le daremos?—

Apenas pronunciadas estas palabras, el ciego se acercó.

—Señores,—dijo con tono plañidero—quien quiera que seáis, almas generosas, dad por amor de Dios una limosna á este pobre ciego; que, mísero y desvalido, solo vive de la caridad de las buenas almas; mirad que siento que me faltan las fuerzas y muero de hambre; una limosnita por el amor de Dios.—

La niña sacó el pedazo de pan que habia guardado y lo dió al ciego, que, expresando su agradecimiento con las hermosísimas palabras: ¡Dios se lo pague!, se alejó.

La madre, sin poder contener la emocion que experimentaba, dirigió una mirada tiernísima á su pobre hija, que no comprendiéndola, y creyendo sin duda que la reprenderia por haber dado el pan único de que podia disponer para alimentarse, exclamó:

—¿No nos dices, madre mia, á cada momento: ¿haced bien á nuestros semejantes, que Dios es justo?...

—Sí, hija mia, sí, y alabo tu generosa accion. Pero ¿qué comeremos nosotros? ¡Dios mio, compadeceos de mis pobres hijos, tened piedad de mi infeliz esposo!

Y al decir esto, la infortunada mujer lloraba amargamente. En esto en la aldea inmediata tocaban á la oracion del medio dia, y nuestra familia, postrada en torno de su moribundo padre, rezaba la salutacion angélica. ¡Oh! ¡Qué no hubiera yo dado en aquel momento por sentir bullir en mis venas el genio del artista para copiar aquel cuadro tan sublime y patético! ¡Qué no hubiera yo dado por ser poderoso de la tierra para haber aliviado aquella miseria, para haber cubierto aquella desnudez y curado las llagas de aquel infortunio! Pero ¡ah! el

poderoso entre los poderosos, el Señor de los señores y Rey de reyes veía también aquella escena. La oración de aquellos ángeles debía subir sencilla y pura al trono del Altísimo; pero entre tanto el pobre padre, extenuado y desfallecido, falto de fuerzas y aliento, caía presa de un lánguido desmayo. Los niños, al verle caer, se arrojaron á él gimiendo; la infeliz madre, trémula y convulsa, le sostenía entre sus brazos á tiempo que un hombre cruzaba por el camino; imploró la desgraciada mujer su socorro; pero el hombre, que la oyó sin dirigirle siquiera una mirada compasiva, continuó su camino murmurando palabras descompuestas. ¡Oh! Yo no podía resistir la sensación que experimentaba; quería salir, y una fuerza superior inmovilizaba mi cuerpo, mis plantas estaban como clavadas en el suelo. ¡Oh! Yo sufría horrorosamente cuando sentí las pisadas de una cabalgadura, y alcancé á ver por el camino á un venerable anciano que, oyendo los sollozos de los niños y los tristes gemidos de la madre, dirigía apresuradamente la jaca en que venía montado hácia aquel lugar de dolor.

¡Oh! Ya respiré. Aquel santo varón era un sacerdote, ministro del Altísimo; al verle, ví en él la mano de la Providencia.

El buen sacerdote, con esa unción y mansedumbre verdaderamente evangélicas, carácter propio de los ministros de una religión de amor, se acercó al grupo prodigando toda clase de consuelos; de un frasco que llevaba hizo beber al infeliz jornalero, que poco á poco fué reanimándose y volviendo á la vida. Yo no sabía qué hacer; era mi mayor deseo tomar parte con aquel venerable anciano en su ejercicio de caridad; pero estando él yo no hacía falta, y mi presencia, sobre no ser ya útil, acaso hubiera servido solo para disminuir el gozo inefable que inundara su alma en aquellos momentos, que tributo es de la caridad no querer ser vista. Permanecí testigo oculto de tan tierna como interesante escena, que pronto tuvo fin, pues el buen sacerdote, conociendo la necesidad que tenían de alimentos la mujer é hijos del desgraciado jornalero, ya harto extenuados, y la de curarle á él mismo de la calentura que le devoraba, se lo indicó así con las más cariñosas palabras, y también que, no siendo aquel sitio el más á propósito, era preciso y se hacía urgente la traslación. Agradecido el pobre hombre, daba con su mujer las gracias y bendecía su acción; pero en medio de la efusión de su gratitud decía:

—Buen sacerdote, Dios, que es justo, os premie lo que habeis

hecho con nosotros; pero ¿dónde quereis que vayamos, si no tenemos más hogar ni techo que nos cobije que el firmamento?

—Teneis mi casa, que es tambien vuestra; ella es ¡oh hermano mio! la posada de todos los que como vosotros sufren los rigores de la suerte; allí no encontraréis una mesa abundante, pero la hallareis servida por el amor de Dios; con que vamos, venid; os acomodo sobre mi jaquita, y á ver cómo podemos colocar tambien este niño, que el pobrecito va descalzo.—

El buen sacerdote acariciaba entónces y besaba con indecible ternura al inocente niño, que con pura é infantil sonrisa le miraba asombrado.

Por la lívida frente del jornalero corria un sudor frio, que vino á mezclarse con las lágrimas de agradecimiento, única expresion, muda, sí, pero elocuentísima que pudo dirigir á su bienhechor.

El sacerdote sacó un pañuelo, y despues de haber enjugado aquel sudor mortal, lo ciñó á la frente del infeliz jornalero, que, turbado por la emocion que experimentaba, ni aun articular palabra podia. La pobre madre, arrodillada á sus piés, besaba su sotana y la bañaba con copioso llanto. ¡Oh! Era hermosísimo ver aquel cuadro, contemplar aquel augusto ministro del Señor practicando las lecciones de su divino Maestro, imitando su ejemplo; en el abundoso brillo que circundaba su rostro, cada vez más puro y radiante, retratábanse bien los inefables goces que en lo íntimo de su alma sentia. ¡Ah! Vosotros que teneis por padre á un siglo escéptico, náufragos de la fé. ¡Desdichados de vosotros, que no conoceis estos puros goces, que al difundirse en el alma la inundan de celestiales consuelos! ¡Oh! ¡Desgraciados de vosotros los que no habeis sentido los efectos de su santa embriaguez, los que no conoceis el esplendor de su luz, ni habeis gustado la suavidad de los perfumes que la caridad derrama!

Momentos despues el santo sacerdote y la desgraciada familia hallábanse en marcha; los seguí con la vista hasta perderlos entre la bruma de la tarde, y todavía permanecí largo rato en el mismo sitio abismado en silencioso recogimiento, del que, cansado sin duda de su inmovilidad, me sacó mi perro empezando á ladrar con ahinco; dirigí una mirada de ternura hácia aquel sitio, mudo testigo de una escena tan tierna, y me alejé en direccion á mi casa.

Pero faltaba sin duda algo para el complemento de la leccion que me queria dar la Providencia; y como continuase ladrando mi perro

con una inquietud que revelaba algo de extraño, traté de observar qué era lo que pudiera producirle aquella agitacion, hasta que muy próximo al rio divisé el bulto de un hombre ahogado en la ribera. ¡Dios mío! le reconocí al punto. Aquel hombre era el que por la mañana se habia tan bruscamente negado á socorrer la indigencia; habia sin duda tratado de atravesar el rio, y éste, que por aquel sitio era profundo, impetuosas sus aguas, le habia envuelto entre sus torbellinos; su rostro, medio magullado, presentaba un cuadro espantoso: los labios los conservaba contraídos como para producir una sonrisa furiosa y desesperante. ¡Oh! ¡qué horrible debe ser la vista de un réprobo! Me alejé con horror de aquel sitio para noticiar á la justicia de aquella catástrofe, y ya próximo á la aldea, el crepúsculo vespertino me salió al encuentro, difundiendo por doquiera una luz más llena de pureza que la aurora más pura, y en lo alto de la torre de la iglesia la sonora vibracion de la campana anunció al cristiano la oracion de la tarde; acordéme de la oracion de la mañana, que con tanto religioso respeto rezara la familia del jornalero, y dije para mí: ¿Quién sabe si aquella fervorosa plegaria habrá traído sobre esa familia las bendiciones del cielo? Y en silencioso recogimiento elevé tambien mi plegaria, saludé á la Reina de los cielos, á la Emperatriz de los ángeles y querubines.

Algunos dias despues del suceso que acabo de narrar, dirigíame como de costumbre con mi fiel compañero á recibir las gratas impresiones de una mañana de primavera, pues nunca héme cansado de admirar cómo la tierna flor abre su matizada corola al resplandor del sol, ni de contemplar el lago, en cuyas puras y límpidas aguas se refleja con tranquila pureza el azul del firmamento; ni el árbol con su pomposa corona de flores, ni el manantial que, deslizándose sobre doradas arenas, retrata en sus limpias hondas sus floridas márgenes; ni el ave que, revolando entre rayos de luz, gorjea dulcísimos trinos.

¡Oh! ¡Qué deleite, qué sensaciones tan nuevas experimenta uno ante tantas bellezas, ante tales maravillas! Y es que en esos momentos el alma humana percibe el contacto de la majestad de Dios; es que tales maravillas son irradiaciones de la vida eterna; es que el nombre de Dios se lee en los esplendores del firmamento como en espectáculos de la tierra; el rugido de la tormenta lo anuncia, en la fragancia de las flores se percibe, en el susurro de las brisas se escucha, y el alba con sus rosadas tintas, como la noche con sus melan-

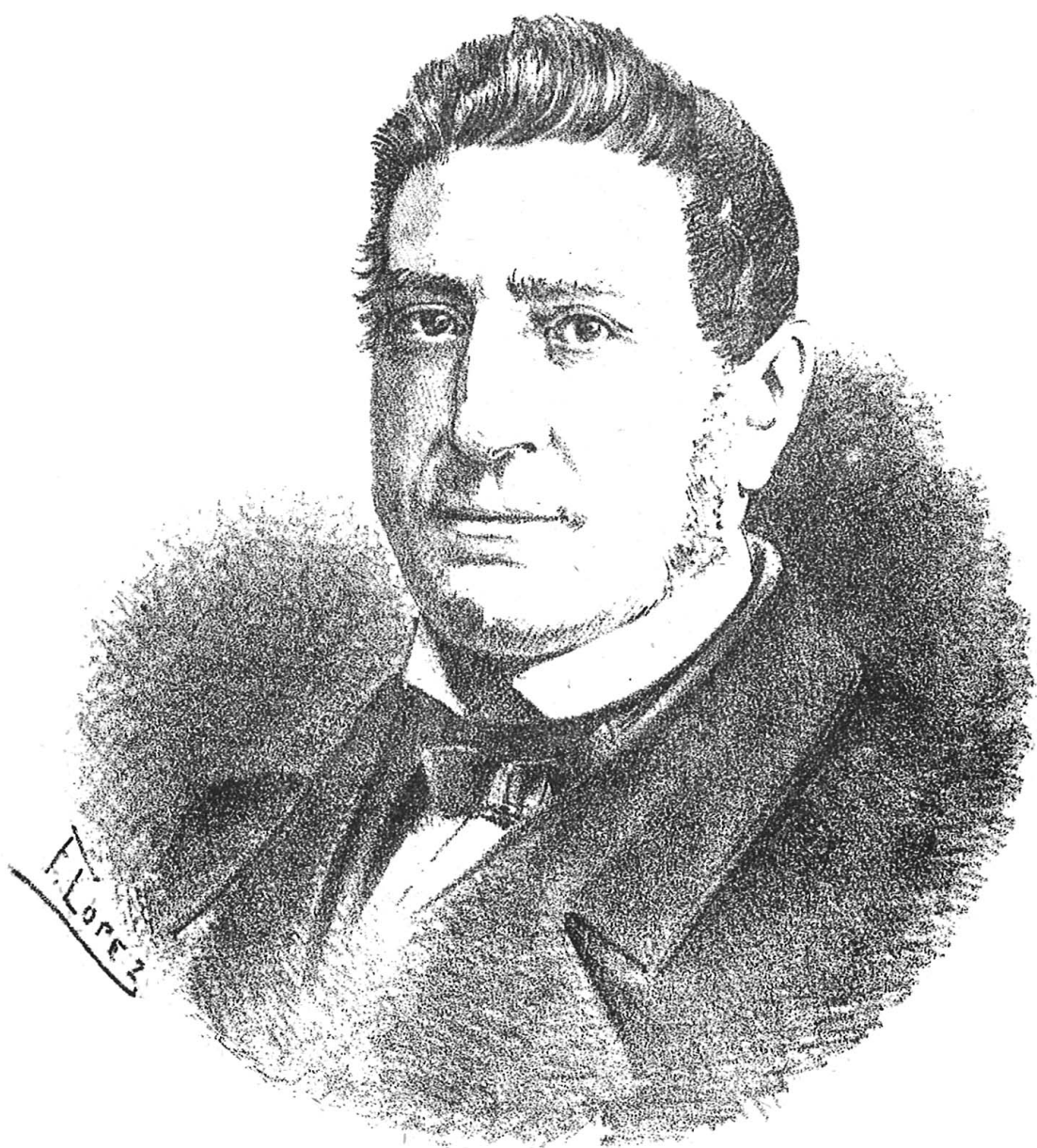
cólicas sombras, lo pregonan. Extasiado vagaba á la ventura, como la liviana mariposa revuela de flor en flor, cuando mi buena suerte llevóme al mismo sitio que pocos dias ántes fuera testigo de una escena la más conmovedora.


Sentéme á descansar en el lugar que ocupara el jornalero, y como no podia ménos de suceder, vinieron á mi memoria todos aquellos sucesos; y cuando bendecía á la Providencia en su misericordia, Febo, que á mis piés estaba muellemente reclinado, se levantó indicándome que álguien venia; y en efecto, por el camino pasaba alegre y regocijada la familia del jornalero; sí, era la misma: llevaba un borriquillo cargado de provisiones, donde iban los dos niños risueños y juguetones como dos querubines. En el semblante de la madre, desaparecidas las huellas del dolor, reinaba la satisfaccion y el contento; el padre, notablemente restablecido, mostraba en su rostro la tranquilidad del justo y dirigia á los niños palabras de cariño: ¡oh! ¡qué placer tan inefable experimenté al verlos! Yo los hubiera detenido para participar de su alegría, para dar juntos gracias á la divina Providencia recordando al venerable sacerdote, y entónces no pude ménos de exclamar:

—¡Oh! Dios mio, no hay duda: aquella plegaria ha atraído sobre esta pobre gente las bendiciones del cielo.

JOSÉ P. VILLAMIL.





*Melchor Sanchez
de Tocay*


T O C A .



APUNTES BIOGRÁFICOS.

Dicen las gentes que abundan por extremo militares y médicos, pero en cambio es evidente que escasean los grandes generales y los buenos cirujanos. Depende esto de que el verdadero artista nace, saltando de pronto las vallas jamás traspasadas por las medianías, impulsado por un secreto impulso que le obliga á avanzar confiando en sus propias fuerzas. Y la cirugía es un arte de tan complicados resortes y tan delicado desempeño, que no es de extrañar que muchos retrocedan ante los peligros y miren las atrevidas maniobras de los prácticos con supersticioso temor.

En España han florecido grandes maestros nutridos en ciencia, operadores llenos de valor, de igual modo que se cuenta en la historia patria con sábios caudillos y denodados campeones, cuyos nombres se repiten con orgullo.

*
* * *

Nuestra época recuerda con respeto un hombre dechado de hidalguía y caballerosidad, severo hasta el anatema consigo mismo, grave, reposado, profundo y prudentísimo, representante fiel de la cirugía llamada conservadora clásica, que en nuestros días tiene dignos secuaces.

Era esta venerable figura en medicina operatoria, lo que aquellos briosos generales de la guerra de la Independencia, íntegros, reservados, cuyos planes estaban sazónadamente discutidos, y que sabían mantenerse fuertes en la defensa, decididos en el ataque, impasibles en la pelea, grandes en la desgracia y magnánimos en la victoria. El Dr. Argumosa, á quien recientemente se ha tratado de dar un inútil

pagaré para la inmortalidad —toda vez que vivirá en la memoria de los médicos aún despues de dispersarse las cenizas de sus enemigos— es una de las grandes figuras de la medicina nacional, y uno de los maestros que dejaron tras sí discípulos de verdadera talla científica.

El primero de ellos que se destacó con rasgos característicos y fisonomía peculiar, en el Anfiteatro, fué D. Melchor Sanchez de Toca.

* * *

Parece como que al nacer, la naturaleza le dió alientos de artista é hizo circular eternamente por sus nervios su propio nombre bajo la forma de mandato ejecutivo: *¡local!*

Era el cirujano atrevido, impaciente, valerosísimo, sémejante á dencodado guerrillero, seguro del terreno que pisa, puesto que, conocedor del campo anatómico, se entregaba nerviosamente á los impulsos de su impetuoso génio artístico.

El maestro preveia los futuros accidentes; el discípulo los combatia en el momento; aquel recelaba siempre, éste no temia jamás.

Argumosa no cogió el bisturí sin meditar mucho en lo probable; Toca no lo dejó sino al tropezar con los límites de lo imposible.

* * *

¡Contrastes del mundo! Cuando el cadáver partia para Vergara, pueblo donde vió la luz el famoso guipuzcoano, iban en el mismo tren que se disponia á salir de la coronada villa, habitual residencia del marqués, otros títulos é infinidad de personajes, ajenos, sin duda, á que en su compañía verificaba un último viaje el amigo afectuoso, testigo de mil debilidades y depositario de multitud de secretos. Quizá hubiera sido de mal tono ocuparse de un asunto tan triste en un momento tan alegre....

Un deber profesional nos obligó á viajar en aquel momento, y á él tambien es debida esta silueta confusa, boñajeada, mientras gravitaban en la mente la impresion dolorosa de una pérdida tan irremediable y la preocupacion constante de un problema difícil; en medio del irregular movimiento del coche y junto á un fiel discípulo de Argumosa y casiñosísimo amigo de Toca.

Aún parecia que contemplábamós aquel cuerpo alto, enjuto, inclinado hácia adelante, coronado por una cabeza bien conformada, de perfil correcto y aguileño, mirada penetrante, velada en ocasiones por

un poblado y expresivo entrecejo, que acompañaba de modo admirable las rápidas modulaciones de una boca de labios delgados y móviles, limpiamente dibujados en el rostro de ordinario apacible y sonriente, orlado de estrechas patillas y coronado por una frente algo estrecha, sobre la cual el cabello afectaba un ordenado desarreglo.

*
* *

Mi maestro le conoció en su poderío intelectual, yo le vi cuando gozaba del triste privilegio de olvidar las cosas de la vida, acentuándose con tal motivo sus escasas dotes de palabra. En efecto, Toca, como todo hombre de acción, manejaba con dificultad la oratoria, inútil para convencer en el mero hecho de que acudían ántes los hechos en tropel, con brillantes resultados, derrochando elocuencia muda, pero decisiva, en pró de sus empresas atrevidas.

A pesar de esto, manejaba la pluma con soltura, como lo prueban varios discursos y multitud de observaciones publicadas ó inéditas que se conservan.

Mencionar sus innovaciones en los procedimientos operatorios é instrumentos, sería tan prolijo como ir enumerando las operaciones importantes por él emprendidas y llevadas á cabo felizmente. Su gloria mayor consistía en sobreponerse á lo imprevisto y sorprender con atrevimientos inusitados.

*
* *

Acostumbraba hacer varias operaciones en determinadas épocas, guardando para entónces los enfermos que habían de ser operados al mismo tiempo. Acertó cierta primavera á visitar el antiguo Colegio de San Carlos un célebre oculista francés, precisamente el día en que se debían operar algunos individuos afectos de cataratas. Sabido es lo delicado de toda maniobra en el ojo, y lo expuesto que se halla el enfermo de efectuar cualquier movimiento que puede serle funesto, por lo cual se utiliza un ayudante experimentado, cuya misión estriba en inmovilizar la cabeza y mantener abiertos los párpados. Estaba por aquel entónces encargado especialmente de semejante cometido cierto alumno distinguido que, como de costumbre, permaneció junto al profesor esperando sus órdenes; cuando éste, por un movimiento brusco que le era peculiar, le apartó diciendo en alta voz:

—Hoy, señores, me he propuesto operar los cinco enfermos sin ayudante alguno.

Y diciendo y haciendo, con la soltura de ambidextro que le caracterizaba, extrajo perfectamente las cataratas en medio del asombro más completo de los alumnos y del extranjero, que no sabía qué cara poner ante semejante *tour de force*.

*
* * *

Este episodio caracteriza á Toca. Así obró siempre, confiando en sí propio hasta la temeridad, é impresionando á todos por su decision y su especialísima inventiva.

Si se pudiera comparar la cirugía con la pintura, diríamos que Argumosa era miniaturista y Toca pintor de historia. ¡Qué magníficos cuadros han trazado ambos, con el bisturí, empuñado con mano segura, y guiados el uno por los preceptos severamente científicos, el otro por una inspiracion exclusivamente suya!

Abandonando el terreno científico, siempre árido y en este caso un tanto repulsivo para los que miran con espanto las sangrientas y salvadoras operaciones, diremos para terminar que, pródigo en beneficios, ha dejado en toda España huella de su paso, y allende el Pirineo el recuerdo de algo grande que floreció en este país tan poco conocido en el mundo científico.

*
* * *

—A Toca—dije á mi maestro, al ver partir por diferente línea el tren que llevaba su féretro,—á ese atrevido operador, paréceme podría considerársele como el Napoleon de la Cirujía Española contemporánea.

—Es cierto—replicó,—pero un Napoleon sin Waterlloo....

Y el tren que conducía tan venerables restos y tan ilustres personajes se alejó silbando, por entre las brumas de la tarde, despues de envolverse en negrísimos girones de humo y blancas nubes de vapor.

M. TOLOSA LATOUR.



KARMELA.



EGIN-DOAKABEA EDO DRAMA IRU EGITETAN EMANA.



(AURRANDEA.)

IV. GARREN IRUDIA

Mendiburu sartzen da, Lerenburu, aita Yosep,
Karmela, Ramon, semeak.

MENDIBURU.

Jauna menditikan datoz erraterat
Or etortzen dela, Rolan gure ganat.

V. GARREN IRUDIA.

Berak. Mendiburu ateratzen da.

LERENBURU.

Aurrak artzatzue makillak eskuari:
Etsaiak gaintzeko karra biotzean...
Eta nik dakaten liburu sainduan,
Men egin zazue, biotz erditikan.

(1) Véase pág. 205.

Jainkoa lekuko, guziek arturik
Unat etortzeko gaiñoak gaindurik.

SEME BATEK (Guziek esku bat zabaldurik.)

Gu guziek orain men egiten dugu
Zerua guretzat izaten badugu,
Eskualdun leyalak, zutaz indarturik
Izanen direla loriaz beterik.
Guk artuko dugu, mendi zokoetan,
Ganich Araneder; lurrean errestan
Emenchet emanik oiñetan burua
Zillatuko dugu, aren beltz larrua.
Ala gizon ortaz lurra garbiturik
Gochatuko gare bakean sarturik...
Gazin, gazin, laster anaia maiteak,
Gure mendietan, illtzerat etsaiak

KARMELA.

Zoazte, zoazte laster anaia maiteak,
Indar zerukoaz osoki beteak.
Zoazte odol onez lurra garbitzerat
Eskual-erriaren oso libratzerat.

VI. GARREN IRUDIA.

Ramon, Karmela, Lerenburu, Aita Yosep.

RAMON.

Ni geldituko naiz zuekin apur bat
Gerore ganen naiz anaiaren ganat.
Ez dakit oraiño nolako biotzez
Zer animarekin, eta zer begiez,
Ikusiko dutan belarcho etia,
Nere Rafaelen odolez bustia.
Areri ikusteak emanen daut erra
Bainan eriarekin, kentzen daut nigarra.
Erra ta nigarrak, erdiratzen naute,
Idarra guziak ikitzen nazkate.

LERENBURU.

Itz eietaz aurra, penak ichurtzean,
Sartua dazkizut biotzen larnetan.

Rafael nerea zinduela maite,
 Zure nigar minek ederki diote.
 Zurekin arima banatua dakat
 Pena berak egun egiten gaitu bat.
 Bia garenean damu batendako
 Elkar lagundurik aren yasaiteko
 Bat bertziarekin, ongi gozaturik,
 Solas ezlietan penak ichuririk
 Biotzak batean odoleztatuak
 Elkarren nigarrez dire gozatuak.

AITA YOSEP.

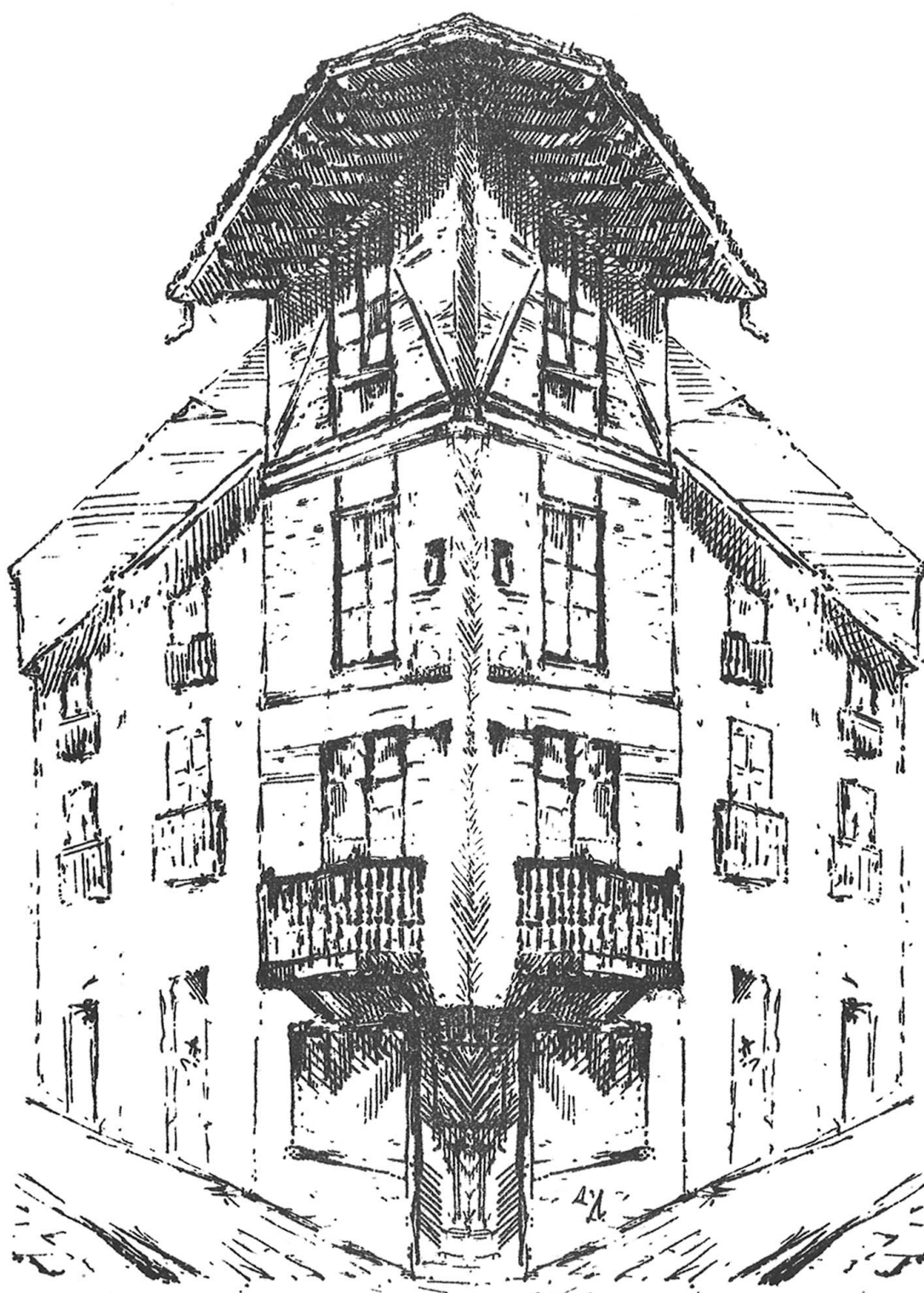
Ordua dakagu, banoa gelarat,
 Gure gizonentzat otoitz egiterat.
 Gure Jaungoikoak orain entzun beza,
 Gure biotzaren nigarrezko boza.
 Mendian direnak indartzen baditu,
 Eskualdun eskerrak, ark izanen ditu.
 Aren aipamenaz heterik bazterrak,
 Eginen diozkagu, eliza ederrak.
 Aldare gainean biotzak emanik
 Maitatuko dugu, guziek berdinek,
 Eta sasietan odol ichuria,
 Izanen da beti, biotzen saria...
 Agur nere Ramon, len izan zarena,
 Izan zaite beti. nere gozamina.

LERENBURU.

Aita gelachoan, nai balinbaduzu,
 Nerekin otoitzak eginen ditutzu.
 Badakizu berdin, zenbatetarañon
 Zure basterrean nik nai dutan egon.
 Iduritzen zaiku gizon onduneri
 Jainkoa zaikula zuekin ageri.
 Aren ontasunak zuek dazkatzue,
 Emen aren orde z ematen tutzue.
 Goazen beaz, Aita, Gurutze oiñetan
 Burua gurtzerat, otoitz kartsuetan.
 (Karmela, Lerenburu eta Aita Yosep ateratzen dire.)

HARISPE, *apeza*.

(*Aurradetu da.*)



CASA DE OLAGUIBEL EN VITORIA.

OLAGUIBEL.

APUNTES BIOGRÁFICOS.

Justo Antonio de Olaguibel, insigne arquitecto del siglo pasado, es una de las figuras de que puede enorgullecerse la capital de Alaba, contándole en el número de sus más preclaros hijos.

No vamos á hacer una biografía extensa de este ilustre vitoriano, para lo que no tenemos tiempo ni espacio, sintiendo no poder dedicarle la atencion que se merece; pero haremos algunos apuntes biográficos, en justo tributo á su talento.

*
* *

Olaguibel nació, vivió y murió en la casa número 30, actual, de la calle de la Pintorería, de Vitoria. Esta casa se compone de tres pisos de un hueco, y es de las llamadas allí vulgarmente de *vuelo*,¹ perteneciente hoy á uno de sus herederos, rico comerciante y acaudalado propietario vitoriano, D. Abdon de Goiti y Cerain, que con el autor de estas líneas son los únicos descendientes que existen del insigne arquitecto. Interiormente se han hecho á la finca importantes reformas, aumentando su comodidad y poniéndola al uso del día, pero el exterior, por fortuna, permanece intacto y tal cual estaba en la época en que la habitó Olaguibel.

*
* *

(1) A causa del gran saliente que tienen los pisos superiores sobre la línea de la fachada del piso bajo.

Este nació en ella el viérnes 7 de Agosto de 1752, y fué bautizado en la antigua parroquia de San Ildefonso, que ocupaba el espacio que ahora es la huerta del Hospicio y terrenos inmediatos, y á ella pertenece el Cristo que hoy se venera en el oratorio ó capilla del mismo nombre, en la salida del camino viejo de Arana.

Hé aquí las partidas de bautismo y de defuncion, curiosos documentos no publicados hasta ahora, autorizados por el elocuente orador sagrado y respetable señor cura ecónomo doctor D. Pedro Gonzalez y Gámbari, cuyas copias literales dicen así:

«Don Pedro Gonzalez y Gámbari, Presbítero, Doctor y Cura Ecónomo de la Parroquia de San Pedro Apóstol de esta ciudad de Vitoria, Diócesis del mismo nombre.—*Certifico*: que al fólío cuarenta y ocho del libro tercero de bautismos de la demolida parroquia de San Ildefonso, se lee la siguiente partida: «En siete de agosto de mil setecientos cincuenta y dos años, yo don Pedro Antonio Ruiz de Azúa, Cura de la iglesia parroquial de San Ildefonso de la ciudad de Vitoria, bauticé un niño que le puse por nombre Justo Antonio, y nació, segun declaracion de la madre, á las cuatro y media de la mañana de dicho dia; hijo legítimo de Rafael Antonio de Olaguibel y Benita Joaquina de Quintana, vecinos y naturales de esta expresada ciudad; abuelos paternos: Domingo de Olaguibel, natural de Foronda, y María de Sernia, natural de Betoño, vecina que es y él lo fué de esta expresada ciudad; maternos: Santiago de Quintana, natural de Besabe, en el valle de Valdegobía, y Francisca de Sabando, natural de esta dicha ciudad, y vecinos que fueron de ella. Fué su padrino Francisco Antonio de Goicoechea, natural y vecino de esta ciudad, á quien advertí el parentesco espiritual y para que conste lo firmo.—*Pedro Antonio Ruiz de Azúa*.» Concuerda exactamente la partida que precede con su original. Y para que conste lo firmo y sello.—Vitoria y Abril de mil ochocientos ochenta y seis. *Dr. Pedro Gonzalez y Gámbari*.—Hay un sello que dice: *Parroquia de San Pedro*.—*Vitoria*.»

«Don Pedro Gonzalez y Gámbari, Presbítero, Doctor y Cura Ecónomo de la Parroquia de San Pedro Apóstol de esta ciudad de Vitoria, Diócesis del mismo nombre.—*Certifico*: que al fólío ochenta y ocho del libro segundo de finados de la demolida parroquia de San Ildefonso, se lee la siguiente partida: «En diez de Febrero¹ de mil

(1) Mártes. (N. del A.)

ochocientos diez y ocho años, y á las nueve y cuarto de su noche, falleció D. Justo Antonio de Olaguibel, de edad de sesenta y seis años, de estado soltero, é hijo legítimo de don Rafael Antonio de Olaguibel y de doña Benita Joaquina de Quintana; naturales y vecinos de esta ciudad de Vitoria. Con todo conocimiento recibió los Santos Sacramentos de penitencia, eucaristía y extremauncion. De comun acuerdo y constituyéndose *invicem* herederos otorgaron su testamento el referido don Justo y su hermana doña Eulalia por testimonio de don Benito del Burgo, Escribano de S. M. y del número de esta ciudad, y ante don Gregorio Guillerna, del mismo título, reformaron la misma disposicion, en virtud de lo que dejando en el mismo vigor la dicha intitucion se mandaban enterrar en el convento de San Francisco de esta referida ciudad, disponiendo así mismo se celebrasen en sufragio de sus almas doscientas misas y cuatro nocturnos en la iglesia parroquial de San Ildefonso, en el dicho convento de San Francisco, en el de Santo Domingo y en el de San Antonio de la expresada ciudad. Al dia inmediato, con la asistencia de la Universidad del ilustre Cabildo de esta enunciada ciudad, y á canto de órgano, se presentó el cadáver en el mencionado convento de San Francisco, y entregado á la comunidad se restituyó el ilustre Cabildo á la iglesia parroquial de San Ildefonso, en donde se hicieron los oficios acostumbrados y que previene el Ritual Romano, reservando para el dia inmediato la celebracion de dos misas, á las que concurrió en debida forma el precitado ilustre Cabildo. Concluidos que fueron en el antedicho convento los oficios de sepultura, fué conducido el cadáver acompañado de la cruz parroquial y un sacristán, sacerdote, al cementerio de Santa Isabel de esta ciudad expresada, en el que se le dió tierra; y por ser verdad lo firmo.—*Dr. D. Damian Urbina.*» Concuerta fielmente la precedente con su original que obra en el archivo de esta de mi cargo. Para que conste lo firmo y sello.—Vitoria y Abril cinco de mil ochocientos ochenta y seis. *Dr. Pedro Gonzalez y Gámbari.*—Hay un sello que dice: *Parroquia de San Pedro.—Vitoria* »

* * *

La favorable reaccion que en las artes se inició con la venida á España de Felipe V, contribuyó á corregir las extravagancias y el mal gusto de los arquitectos del siglo XVII, señalándose en España ya bajo el reinado de Cárlos III el gran arquitecto Ventura Rodriguez,

Maestro mayor de Madrid, y en Vitoria Justo Antonio de Olaguibel.

Ambos entusiastas admiradores del insigne Juan de Herrera, autor de la maravillosa obra del Escorial, fueron tambien partidarios de ese estilo nuevo que, sucediendo á los caprichos y libertades de la graciosa arquitectura del Renacimiento, fió su hermosura y grandeza en las grandes moles, severas, desnudas de adornos y detalles, buscando solo el efecto en la combinacion de esas vastas masas.

Partidario Olaguibel de la clásica arquitectura de Grecia y de Roma, nos dejó monumentos que honran su nombre y el lugar en que fueron levantados.

*
* * *

La más extensa fábrica en la cuál empleó su estilo favorito y más característico, que tan bien sienta á las construcciones monumentales civiles, es la plaza Nueva de Vitoria. La parte más artística de esta gran fábrica está formada por las cuatro grandes fachadas que circuyen la extensa área de la plaza propiamente dicha, perfecto cuadro de doscientos veinte piés de lado, cuya línea dividen diez y nueve arcos sostenidos por postes de tres piés de macizo, con pilastras arrimadas de orden dórico, sirviendo de ingreso en cada eje de tres de sus fachadas los tres del centro con columnas anichadas, de los cuales el del medio tiene diez piés de diámetro, y los demás ocho y medio con doce de altura hasta la imposta, alcanzando todas las fachadas cincuenta piés de elevacion.

De las cuatro fachadas, la del frente al mediodía está ocupada por el Palacio Municipal y dos casas de propiedad particular. Se diferencia este del resto de las demás casas en un gran resalto con arquitrabe plano y columnas aisladas de una sola pieza, tiene sobre ellas un bello balcon corrido con balaustrada de tallada piedra en el piso principal, y balconaje de hierro en el segundo. Esta parte de la fachada tiene más adorno en los marcos de los huecos, pilastras recuadradas, completando tan esbelto conjunto un bien proporcionado ático guarnecido de dos jarrones sobre acróteras, coronado con las armas de la Ciudad.

La fachada posterior del Palacio, que da á la calle de San Francisco, hace en el centro un resalto de buena sillería almohadillada, airosa y grande puerta que soporta un gran balcon voladizo de ba-

laustre de hierro, teniendo tambien esta fachada por remate otro ático con su escudo de armas en la cima. En la gran puerta de esta fachada arrancan dos tramos de escalera: uno, de un solo ramal, que baja hasta el piso de la fachada principal, sirviendo de ingreso á la plaza Nueva por este lado y salvando cómodamente el desnivel del terreno, y el otro tramo, de dos ramales, da acceso á los departamentos y habitaciones del Palacio.

En el piso llano de los cuatro frentes interiores de la plaza corre un pórtico de quince piés de ancho, con pavimento enlosado y techo de bóveda de capillas que dan luz á las puertas de las casas, á sus tiendas y entresuelos, sobre los cuales están las demás habitaciones compuestas de dos pisos, correspondiendo los balcones con los arcos del piso llano. Los del piso principal tienen adornos de jambas y guardapolvos triangulares y semicirculares alternados: los del piso segundo se forman de un marco liso con guardapolvo de cornisa, coronando la fachada un cornisamento completo de orden jónico. Todos los balcones tienen antepechos voladizos de hierro aislados; menos los tres colocados sobre los ingresos, que son corridos y de una pieza.

La iniciativa de tan suntuosa fábrica se debe al Sr. D. Ramon María Gaitan de Ayala, marqués de la Alameda, que siendo Alcalde en 1781 propuso al Ayuntamiento, en sesion de 15 de Marzo, la construccion de la plaza. Mucho agradó el pensamiento del ilustrado marqués, porque á los siete dias, ó sea el 22 de aquel mismo mes, se formó una Junta compuesta de los concejales señores vizconde de Villahermosa, regidor, D. Ubaldo de Oruetia, Diputado del comun, D. Juan José de Echavarría, Procurador síndico general, D. José de Echavarría, D. José de Ugarte y D. Bartolomé Ambrosio de Foronda, y de los vecinos señores marqués de Legarda, D. Pedro Jacinto de Alava, D. Manuel del Llano y D. Rafael de Zubía—distinguiéndose entre estos últimos, por su incansable laboriosidad, D. Pedro Jacinto de Alava—á fin de ocuparse de todo lo concerniente al gran proyecto, cuyo desarrollo, definitivo planteamiento y trazado de planos se encargó al insigne arquitecto Olaguibel, desde el primer momento en que el proyecto se encontró viable.

Tan activamente desempeñaron su cometido cada cual en su respectiva esfera de accion, tanto la Junta como el arquitecto Olaguibel, que ya en la sesion del Ayuntamiento de 14 de Noviembre de 1781

se logró llegar á un arreglo en el que se concertaron las bases con los particulares propietarios, para hacer los otros tres frentes de la plaza, ó sean el de oriente, mediodía y poniente. La constante laboriosidad y buen deseo de todos permitió que ya el 17 de Octubre del mismo año se pusiera la primera piedra de la magnífica construcción que nos ocupa, empleándose solo diez años en dejarla completamente terminada, ó sea en el año de 1791.

Durante el trascurso de las obras no faltaron envidiosos del bien ajeno, de esos que por desgracia de todos abundan en todos tiempos —y más aún en los que alcanzamos— á quienes la gloria que veían conquistar por el génio artístico de Olaguibel no sentaba bien. Con efecto, pusieron en juego cuantos medios estuvieron á su alcance para dañar al esclarecido arquitecto, pero sus maquinaciones y malas artes se estrellaron, por entónces al ménos, ante la competencia del director de la construcción de la plaza y quizá también contenidos por la energía de su carácter. Sin embargo, ya que en abierta lucha con Olaguibel no podían vencerle, idearon atacarle en terreno más cómodo, ménos expuesto y con más probabilidades de éxito. No debieron dar á los autores de la trama el fruto que ellos esperaban sus maquinaciones, que era hacer cesar á Olaguibel en la dirección de las obras nombrando en su lugar á otro—no sabemos si más apto, pero de seguro más devoto de ellos—y ya que no lograron su intento, procuraron retardar el mayor tiempo posible la construcción, todo con los más perversos fines que puede suponerse. Tal maña se dieron, con tan terco empeño acometieron su desdichada empresa, que lograron del Ayuntamiento, en sesión de 3 de Diciembre de 1790, un acuerdo para que se suspendieran las obras hasta el 1.º de Marzo de 1791, *por ser cortos los días y el número de oficiales que hay en la Plaza muy pocos.* (Textual).¹ Envalentonados los enemigos de Olaguibel con el resultado de sus tretas, hubieron de promoverle en varias otras ocasiones dificultades más graves; pero como á la corta ó á la larga la razón se impone y se suele hacer justicia al mérito, venció también entónces el envidiado arquitecto y terminó la Plaza y la *Casa de la Ciudad* ² á satisfacción de todos.

Y tan á satisfacción de todos—menos de sus enemigos, como es

(1) Del acta de la sesión.

(2) Así se llama vulgar y cariñosamente en Vitoria al Palacio Municipal.

natural—debió llevar la direccion de las obras de la Plaza que en 22 de Setiembre de 1790 el Ayuntamiento hizo un acuerdo autorizándole para que gastara cuanto fuera necesario en el embellecimiento de los alrededores de la nueva plaza—que ya entónces estaba terminándose—y que *permitiria se descubriese la segunda fachada de las Casas de la Ciudad, que no es de menor lucimiento que la principal*, y aprobando el proyecto del arquitecto Olaguibel, referente á la construccion de los ARQUILLOS; es decir, *los planes formados por D. Justo Antonio de Olaguibel de la nueva obra*, que abarcaba desde *la plaza de la Blanca hasta la casa de Lorenzo Utaiz*, y constituyen un verdadero monumento arquitectónico greco-romano, en el que se aunan la valentía de la construccion, la severidad del estilo y el acierto y conocimiento del terreno, constituyendo un gran paseo de soportales y balcones, encima y debajo de viviendas particulares, cómodas y extensas, y á considerable altura, pues se halla una de las galerías al nivel de los tejados de la plaza Nueva: en resúmen, ofreciendo un golpe de vista sorprendente, así clasificado por D. Antonio Pirala en su notable obra *España*, tomo correspondiente á las provincias bascongadas.

Este severo y valiente monumento fué terminado en 1794, conforme á los planos de nuestro arquitecto y bajo su direccion. Aquí debemos rectificar un error en que por falta de datos incurrimos al publicar las dos primeras ediciones de nuestro libro *La Ciudad de Vitoria*,¹ error en que nos sigue el Sr. Pirala en su obra citada, y que nos permite deshacer el haber encontrado posteriormente planos y documentos que alejan toda duda de que Güemes fuera el autor de los planos de los ARQUILLOS, que es en lo que consiste el error mencionado.

La habilidad y destreza magistral que en un famoso informe dado contra Olaguibel por uno de sus meros amigos se reconocian en él para la construccion, nos produjo otro de los monumentos con que el talento artístico de aquel dotó á Vitoria, y es la bella fachada del convento de Santa Brígida, situado en el paseo del mismo nombre. La hizo en 1784, y la forman: el cuerpo principal de orden jónico compuesto, ancho en su planta de treinta piés, y de alto cincuenta; dos columnas con sus basas y capiteles, de treinta y tres piés de alto, apoyadas sobre un zócalo liso de dos piés y medio de altura; la corni-

(1) Notable guía de esta ciudad, á la que considera bajo los puntos de vista artístico, literario y mercantil é industrial; ilustrada con diez fotografías, nueve grabados y un plano regional de ferro-carriles. (N. de la R.)

sa horizontal, de siete piés y medio, remata en un esbelto ático de otros siete piés y medio de alto en su mayor altura y un *maria* en el tímpano; la puerta de entrada tiene ancho de seis piés y doble alto, guarnecida en su jamba con marco de moldura y dos columnas de mármol negro de Mañaria, de orden compuesto; sobre la cornisa hay un banquillo, encima un marco con jamba de moldura, á cada lado una pilastra con cornisa sostenida por dos ménsulas, teniendo en el centro un medallón de piedra blanca representando la aparición del Salvador á la Magdalena en traje de hortelano, de los que era patrona el convento; sobre esta cornisa otro banquillo, y encima el escudo de armas de Santa Brígida: todo ello bien proporcionado, elegante y clásico, y rico en materiales diversos.

Fuera de Vitoria dirigió y construyó con arreglo á sus planos muchas y muy importantes fábricas el ilustre arquitecto vitoriano. Casi todas las torres modernas de la provincia de Alava de estilo greco-romano á él se deben, y merece especial exámen la bella torre de la iglesia del histórico pueblo de Arriaga, famoso y renombrado en los anales forales de la vieja tierra basca. En esta iglesia debió terminarse la construcción de un hermoso pórtico de diversas arcadas, de arquitectura también greco-romana, y de las cuales hay ya construidas algunas columnas y arranques de arco, en cuyo estado quedó la obra paralizada por falta de dinero.

Varios puentes y pontones sobre el río Zadorra se construyeron también con arreglo á los planos y bajo la dirección de Olaguibel, y entre ellos el gran puente de Abechuco, sólido y esbelto.

Aquí terminaremos la enumeración de las múltiples fábricas levantadas con arreglo á los clásicos planos de este insigne arquitecto vitoriano, porque para nuestro objeto bastan las enumeradas y porque la relación resultaría innecesaria y enojosa.

*
* *

Olaguibel se lo debió todo á su intachable honradez, á su actividad sin límites y á su talento poderoso, completado por una férrea voluntad y una constancia poco comun. La deficiente, ó mejor dicho casi ninguna organización que en los estudios artísticos y científicos reinaba en su tiempo no era lo más á propósito para formar hombres como Olaguibel, y era preciso tener su inteligencia de primer orden,

su notable espíritu de observacion y todas sus demás cualidades para descollar en una ciencia en la que el solo esfuerzo individual casi era la única guía que podía conducir al conocimiento de las perfectas reglas del arte de la construccion, hoy elevado con los modernos adelantos de la física, la mecánica y las matemáticas á la categoría de verdadera ciencia.

Por eso el nombre de Olaguibel será siempre un timbre glorioso para la ciudad de Vitoria, que con razon le cuenta entre sus más preclaros hijos.

JOSÉ COLÁ Y GOITI.

GAU ONDORENGO EGUN-ANTZARI.

Emen daude, María,
Belaunikaturik,
Emenchen Zure alaba umillak
Zu agurtu nairik.

Gure oraziyoa
Errukiz entzunik,
Ez diguzu bear ukatu
Zure anparorik.

KANTARTEA.

*¡Zu zera gure Esperantzaz,
Gau ondorengo Egun-antzaz!
¡Zugan daukagu segurantzaz
Guztiya jarririk!*

Deserriturik geunden
Gu paradisotik;
Ez zan guretzat, guretzat ez zan,
Kastiguba baizik.
Ebarekin galdubak

Aurren-aurrenetik:
Zuk gaituzu, María, poztu,
Mundura jayorik.

¡Zu zera gura Esperantzaz! etc.

ORKAIZTEGI-KO PATRIZIO-K.